

DOBLE ACTUALIDAD DE ARGELIA EN LO NORTEAFRICANO Y LO MUNDIAL

El corriente año de 1972 representa para Argelia una fecha de importancia excepcional, puesto que el 3 de julio se cumplirán diez años desde que el mismo día de 1962 fue proclamada la independencia. También desde Francia los recuerdos de la colonización y de la guerra, que fue su consecuencia, se están revisando, ahora con cierta serenidad, reconociendo a la vez los pasados aciertos y errores. De todos modos el actual Estado nacional argelino tiene relaciones muy estrechas con varios países de Europa occidental. Sin dejar por eso las que sostiene con la oriental, al mismo tiempo que refuerza los papeles internacionales (muy significativos) en relación con el conjunto del continente africano y con los problemas del Cercano Oriente árabe. Las declaraciones que el presidente argelino, Huari Bumedian, viene haciendo desde 1969 en pro de un «Mediterráneo para los mediterráneos» cobran en los meses corrientes un interés renovado y acentuado. Pues por varios motivos Argelia está en posición de poder actuar como un eje de gestiones racionales.

Un antecedente inmediato importante es el de que el pasado enero el ministro argelino de Asuntos Exteriores, Abdelaziz Butefflika, hizo a la revista parisiense *Le Monde Diplomatique* unas declaraciones en las cuales definía las posiciones exteriores del régimen y el Gobierno de su país en el sentido de una especie de no-alienación dinámica. Butefflika planteaba la cuestión en el sentido general de las naciones del llamado «Tercer mundo», al estarse acentuando la diferencia entre países ricos y países pobres. Butefflika opina que los problemas del subdesarrollo no pueden resolverse en los países ex colonizados si no se suprimen o neutralizan las presiones de las mayores potencias mundiales.

Así Argelia apoya en lo mundial el establecimiento de un sistema de cooperación internacional que impida a los países fuertes arrastrar a los demás hacia políticas que les son ajenas. Al mismo tiempo pide que se establezca un cuadro de cooperación internacional con mecanismos financieros y una

coordinación internacional del trabajo en un sentido de igualdad. Son unos principios que fueron expresados en la esencia del programa que fue formulado en la Carta de Argel.

El punto esencial más concreto de ese deseo de coordinación entre países más o menos desarrollados es el del área mediterránea. El mismo Buteflika lo ha definido oficialmente diciendo: «El Mediterráneo debe recobrar su papel de nexo entre los pueblos para ser un lugar de convergencia pacífica, y no un campo de competición, con fines de dominación. Toda política de zona de influencia debe ser apartada, y las bases y flotas extranjeras, definitivamente retiradas de esta parte del mundo.»

En general Argelia se siente solidaria con todos los países que sufren de presiones externas, y orienta su actuación respecto a las Naciones Unidas, en el sentido favorable a todas las iniciativas que tiendan a asegurar una igualdad general de oportunidades para todos los pueblos, especialmente los más desfavorecidos.

Volviendo a la cuestión mediterránea, ha de recordarse que ya en enero de 1970 plantea Bumedian el tema de que debe reunirse una conferencia de Estados mediterráneos para establecer un acuerdo general de cierre de sus puertos a los buques de guerra de las dos grandes flotas ajenas a dicho mar. También añadió que aunque las circunstancias del sector oriental del mar interno vienen siendo más difíciles, podría intentarse la neutralización, comenzando por gestionar que las naves de las superpotencias fuesen evacuando el sector occidental. En octubre de 1971 Bumedian, al recibir la visita de Kosyguin, reiteró su deseo de que escuadras soviética y estadounidense abandonen el Mediterráneo por ser «factores de tensión».

El tercer llamamiento en idéntico sentido ha sido el reciente de abril de este 1972. Lo ha expresado diciendo: «Que el Mediterráneo sea un mar sin flotas ajenas a los países ribereños. El Mediterráneo pertenece a los árabes y los europeos vecinos, y esperamos hacer de este mar un vínculo de unión entre el mundo árabe y Europa.» Buteflika añadió después que se hace necesaria la concertación de los países ribereños «para alejar de nuestra región los peligros de la confrontación entre las superpotencias».

En los círculos norteafricanos de información se apuntó después que los diplomáticos argelinos podrían ya comenzar sus gestiones de sondeo cerca de los Gobiernos de los países más naturalmente interesados y libres de restricciones. Especialmente se citaba a Argelia, Túnez, Marruecos, Malta, Libia, Egipto, Siria y Chipre en los sectores meridionales. Luego en los del lado de arriba, a Yugoslavia, España, Italia y Francia.

Como por otra parte la constante presencia naval de las superpotencias ha sido consecuencia indirecta de la guerra próximo-oriental de junio de 1967, Argelia sostiene sobre la cuestión de Israel y sus vecinos sus propios criterios. Uno de ellos es el de que es un grave error definir y encauzar el problema como si fuese «una pugna árabe-judía». Otro criterio se refiere a que en el sector árabe lo que debe contar no son las conveniencias de los Estados arábigos de la región, sino ante todo y sobre todo la de los intereses del pueblo palestino, que es el que sufre directamente. En marzo de 1969 Bumedian definió una posición que luego ha mantenido. Dijo lo siguiente: «Distinguímos con mucho cuidado los intereses y la política de los Estados árabes, y los intereses de la política de la resistencia palestina. No vemos inconveniente en que los Estados árabes directamente implicados participen en negociaciones favorecidas por las cuatro grandes potencias. No podríamos oponernos a las decisiones que podrían tomar algunos de estos Gobiernos, haciendo concesiones en el Sinaí, en el Golán, etc.)... Pero todo lo que respecta al resurgimiento de la tierra palestina no depende de la decisión de ninguno de los Estados árabes, sino exclusivamente de la Resistencia palestina».

Sobre el aspecto de lo local palestino en lo territorial y lo humano, Bumedian subraya la realidad de que el verdadero problema es el de la cabida y el ajuste dentro de un mismo espacio geográfico territorial de los israelíes y los palestineses. La cuestión sólo puede resolverse lógicamente buscando la fórmula para que todos los sectores del antiguo territorio de «Tierra Santa» se integren en un Estado multirracial y multirreligioso donde convivan judíos, musulmanes y cristianos.

Así, según Bumedian, habría que buscar puntos de arreglo y coordinación entre el pueblo sionista (que, por cierto, ya cuenta con un sector de ciudadanos árabes) y los otros sectores de habitantes de Cisjordania, Gaza e incluso el otro lado del Jordán. En este sentido, puede considerarse que el régimen del reino hachemita instalado en Ammán constituye un obstáculo, puesto que ese reino persigue a los palestinos, y sigue siendo por su organización un residuo de la antigua presencia colonial inglesa.

El congreso que en abril celebraron en El Cairo las diversas organizaciones palestinas sirvió para que desde Argel se reiterase el apoyo en primer término al pueblo palestín, según sus fórmulas. Pues incluso la del «Estado multirracial», incluyendo a los judíos, viene siendo la fórmula de la organización «Al Fatah» con Yasser Arafat.

Al lado de este palestinismo predominante en la que pudiera llamarse

«política oriental» de Bumedian, la conexión de la política de Argelia con la de las otras repúblicas árabes federadas en El Cairo, parece ocupar un papel en cierto modo secundario. De todos modos, es cierto que cuando Egipto, Siria y Libia decidieron en abril romper toda relación con la Jordania oficial del rey Hussein, siguieron una actitud de disconformidad que Argelia había iniciado anteriormente. Así, cuando después de que Egipto (precedido hace tiempo por Libia y Siria) rompió con Jordania y luego Anuar el Sadat envió en misión especial a Argel al ministro egipcio de Asuntos Exteriores, doctor Murad Ghaleb, se trataba ante todo de coordinar dos puntos de vista (el de El Cairo y el de Argel) que se expresaban de modos diferentes, pero no eran contrarios, sino paralelos. Aunque el solo objetivo inmediato del doctor Murad Ghaleb era el de preparar la visita de Sadat a Argel, dentro del mes de mayo.

Desde luego, y como primera impresión, se notó que cuando el ministro argelino del Exterior, Abdelaziz Buteflika, recibió a su homólogo egipcio, ante todo recalcó que en todo caso el principio esencial de los puntos de vista oficiales de Argel sobre la cuestión próximo-oriental, sigue siendo el de que *il est de notre devoir de nous tenir engagés au côté de nos frères palestiniens de la resistance*. Y no es que haya ninguna contradicción esencial entre esta política y la de El Cairo, después de que Anuar el Sadat hizo una declaración verbal de solidaridad, hablando en la sesión de apertura del Congreso de Organizaciones Palestinas, celebrado en El Cairo entre el 6 y el 11 de abril. Pero para los egipcios y los sirios el apoyo al pueblo palestino es una consecuencia indirecta, mientras para Argel es un motivo básico. En cuanto a Libia, aunque ahora federada con Egipto, tiene un punto de vista intermedio entre los de El Cairo y Argel.

Puede decirse que en Argel se concibe la cuestión palestina no sólo como un problema destacado entre otros problemas del conocido como «mundo árabe», sino que sobre todo se enfoca como uno de los puntos claves de los que se llaman «movimientos de liberación» en los pueblos aún colonizados o en trance de neocolonización. Importa no olvidar que desde hace algunos años se viene escribiendo en la prensa diaria mundial que «Argel es la capital de los movimientos revolucionarios». Efectivamente, hay el antecedente de que la independencia argelina no sólo fue el mayor factor para que Túnez y Marruecos recobrasen las suyas, sino que gracias a ello llegaron a convertirse en nuevos Estados nacionales todos los territorios africanos de expresión francesa. Por eso se ha hecho notar que en la capital argelina existe una especie de doblez de cuerpos diplomáticos, o sea el oficial

de representantes de otras naciones mundiales, y el extraoficial de representantes de los distintos partidos y grupos «de liberación» que a Argel acuden en busca de ayuda o de consejos.

En realidad, el revolucionarismo teórico general (tanto ante el Oriente árabe como ante el Africa tropical) está equilibrado con otros puntos esencial y muy activo de los enfoques internacionales de Bumedian y sus colaboradores. Se trata del deseo de que en Argelia esté el principal punto de enlace entre la totalidad del conjunto africano continental, y el complejo geográfico-económico de «Europa» (o más concretamente de Europa occidental).

En lo económico, desde el verano del pasado 1971 viene observándose que Argelia, aun conservando los vínculos preponderantes de intercambios que siguen ligándola en primer término con Francia, trata de ir aflojando el carácter bilateral de dichos vínculos y de irlos poco a poco convirtiéndolos en un aspecto parcial integrado dentro de la cooperación general argelina con los países del Mercado Común. Ya en aquella fecha, Buteflika, recibiendo en Argel al entonces ministro del Exterior italiano, Aldo Moro, manifestó que Argelia desea «integrarse sin cortapisas» en la Comunidad Económica Europea, mediante un acuerdo global que no sólo se refiera al comercio, sino a la cooperación financiera y la mano de obra.

En cuanto al papel de puente o de puerta principal entre las organizaciones europeas y el conjunto del Africa negra, un valioso factor a favor de Argelia puede ser el transhariano. El 17 de septiembre de 1971 el presidente Huari Bumedian inauguró los trabajos de una casi autorruta que irá desde El Golea y luego In Salah, en el corazón del Sahara argelino, hacia Tamanrasset, en las remotas montañas del Hoggar, y desde allí con dos ramales llegará (por el Malí y la República del Níger) hacia el sector central de Africa Occidental y hacia el de Africa Central. Los trabajos de la ruta transhariana están apoyados por el PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). Deberán llegar a su plena realización con el concurso de Argelia, Malí, Níger y Túnez; aunque, hasta ahora sólo Argelia está realizando su parte.

Los dos propósitos de los enfoques europeos y los ejes de circulación, refuerzan además la atención puesta sobre otros temas, que acaso sean el eje del conjunto de los demás. Se trata del mogrebismo o magrebismo en su sentido más estricto.

Sabido es que durante la Edad Media la palabra y el sentido del Magreb (*Maghrib* en lengua árabe) se refería a todo el lado occidental u oeste del

conjunto de territorios de cultura islámica en lengua árabe, para diferenciarlos de los del Machriq o Próximo Oriente. En realidad, la palabra «Maghrib» significa Poniente, y la palabra «Machriq» es Levante. Lo primero incluía a los países norteafricanos del Atlas (regiones berberiscas) junto con gran parte de la actual Libia, y sobre todo el entonces llamado Alandalus, o sea la parte arabizada de la península Ibérica. Hoy (sobre todo después de que Libia se ha federado con Egipto) el Mogreb estricto viene a referirse a la que hasta hace una docena de años llamaban los franceses «Afrique du Nord». O sea Marruecos, Argelia y Túnez (además de cierta irradiación hacia Mauritania).

Argelia, Túnez y Marruecos conservan desde los tiempos en que se acostumbraron a usos y procedimientos de sistema francés, una cierta unidad técnica, que se superpone a la fuerza del factor geográfico, en el cual los tres países de los sistemas orográficos y climatológicos del Atlas tienen posibilidades e intereses comunes. Cada uno de los tres tiene por ahora unas orientaciones políticas particulares; pero no pueden realizar ningún acto internacional positivo, sino dentro de un ambiente de mutua información y mutua confianza.

Desde 1969 Bumedian viene reconociendo esa necesidad geopolítica regional magrebí o «norteafricana». La visita que en abril ha hecho el jefe del Estado argelino al jefe del Estado tunecino respondió al sentido práctico de la complementariedad de los dos países respecto al sector común en el eje centro-oriental del Mediterráneo. Tanto Burguiba como Bumedian vienen coincidiendo en el deseo de que el viejo mar clásico sea evacuado por las flotas de las potencias ajenas a él. Ese fue el sentido principal de la alocución que Bumedian pronunció el 22 de abril ante la Asamblea nacional tunecina.

En lo interno de Argelia y de sus vecinos más directos, tanto la política regional del Magreb como la internacional en general, vienen estando bastante condicionadas por las exigencias demográficas sociales. Para Argelia, desde la obtención de la independencia en julio de 1962 hasta los meses actuales, en que se cumplen sus primeros diez años, la exigencia más indispensable ha venido siendo la de ganar tiempo. La independencia había llegado después de ocho años de una guerra terriblemente implacable, con millón y medio de muertos, el campo destruido, una total desorganización social y la necesidad de improvisar (sin dinero ni otros recursos técnicos) la organización entera de un Estado moderno y eficaz para un país de 2.300.000 kilómetros, con doce millones de habitantes.

En los comienzos del año 1970 el presidente Huari Bumedian declaró al diario parisién *Le Monde* que evidentemente un Estado no se construye en cuatro ni cinco años, pues la misma Francia necesitó siglos para que madurasen sus instituciones. En Argelia no sólo se trataba de ir dando forma a unas instituciones que tenían que surgir e improvisarse casi de golpe. También había que conseguirlo a la vez que se vencía la escasez. Y a la vez conseguir que en su elaboración y su funcionamiento tomase parte la totalidad de la población. Bumedian y sus colaboradores no han querido comprometer el resultado de la paciente construcción o reconstrucción con aventuras exteriores arriesgadas, antes de conseguir montar el sistema gubernamental argelino, sistema que sobre todo se basa en la descentralización. Ahora ha realizado ya unas organizaciones comunal y departamental, que concede a los municipios abiertos (comunales) y a las provincias (wilayas) la mayor parte de las atribuciones para resolver los problemas locales inmediatos.

Aparte de estos dos escalones en la distribución territorial de la nación, existen los sectores del trabajo, que son autónomos en su labor. El más destacado es el sector de la autogestión agrícola; en el cual se incluyen todas aquellas grandes fincas que después de ser abandonadas por los colonos franceses, pasaron a ser cultivadas por sus antiguos obreros agrícolas, los cuales las explotan en un régimen común y cooperativo... El Estado argelino les deja actuar por sí mismos; y así sólo tiene que ocuparse de planificar las otras tierras nuevas que poco a poco se van rescatando de la destrucción, la sequía o el forzado abandono.

Respecto a la economía general, después de haber conseguido reparar las huellas de la guerra, ahora se está realizando un plan de cuatro años (1970-1973) para industrialización, utilización de recursos mineros, comunicaciones, repoblación forestal, vivienda, enseñanza, etc. Oficialmente se ha dicho recientemente que en Argelia el desarrollo económico no puede concebirse como una finalidad en sí, sino que debe estar subordinado al progreso social y cultural, a la necesidad de mejorar a la vez el nivel de vida y la cualidad de la vida de los argelinos, asegurando a la vez «cierta primacía de lo espiritual».

El mismo Huari Bumedian explicó (cuando comenzaba a ponerse en marcha el plan cuatrienal) que el sentido de la planificación argelina tenía que ser el de «desenvolver una acción de envergadura en favor de la promoción del hombre». Dijo que el objetivo central consistía no sólo en elevar el nivel de vida, sino en emprender un trabajo en profundidad para la pro-

moción social y cultural de la población entera. Escolarizando a toda la población infantil; formando cuadros de trabajo a todos los niveles; democratizando las universidades; estableciendo asambleas de trabajadores para cada gran unidad de producción, etc.

En el corriente 1972 las comprobaciones imparciales hechas sobre el terreno por diversos informadores de diversos países coinciden en opinar que entre los grandes éxitos logrados por el esfuerzo nacional argelino durante la actual etapa destacan el éxito de la autogestión en las zonas agrícolas; la habilidad con que se estimula al ahorro general y el pequeño capital para montar industriales locales y artesanas, y, por último, la utilización de los ingresos procedentes del llamado «trabajo expatriado». Esto se refiere al dinero procedente de los argelinos que trabajan en Europa.

Dichos argelinos suman aproximadamente más de un millón, y parece ser que en la cifra no se incluyen sus familiares. Francia tiene el mayor núcleo, con 680.000. Luego viene Bélgica, Suiza y Alemania, aparte de otros núcleos sueltos. Es una mano de obra móvil, que suele ir y volver desde Argelia con facilidad, pero que siempre tiende a mantenerse en cifras constantes. Los núcleos laborales que actúan en Francia son los más numerosos, porque según un acuerdo que fue firmado en diciembre de 1963 los argelinos que llegan a Francia disponen de un plazo de nueve meses para encontrar empleo (mientras que teóricamente los demás extranjeros deben llegar con contrato de trabajo). Los argelinos de Francia pueden además cambiar libremente de empleo. No obstante es un factor desfavorable el que generalmente se les emplee en los trabajos más duros y penosos, a la vez que sufren de dificultades de alojamiento, pocos servicios sanitarios y frecuentes discriminaciones racistas.

En enero del corriente año tuvo lugar en la ciudad francesa de Lille una asamblea general de obreros argelinos en Europa occidental, con asistencia de 700 delegados, que representaban al conjunto de los emigrados. Desde Argel llegó especialmente el miembro del Consejo de la Revolución, Kaid Ahmed, quien pronunció el discurso de clausura. En dicho Congreso se planteaban varias cuestiones de realidades contradictorias. Por ejemplo, la de que por una parte la existencia de esos grandes núcleos de mano de obra desplazados ha venido permitiendo en Argelia reducir las cifras del paro forzoso durante los difíciles años de la reconstrucción, y además contar con una aportación de ahorro de los emigrados temporales. Pero el ideal consiste en que el desarrollo de las industrias básicas (como los de la producción del gas y el petróleo), así como una «revolución agraria» que ahora

se está iniciando, permitan ir repartiendo núcleos importantes de la mano de obra ausente.

De todos modos, no se cree que cese el contacto cotidiano del trabajo argelino con los grandes sectores económicos de Europa occidental, lo cual constituye indirectamente otro motivo de que Argelia conserve políticamente un interés especial hacia ese lado oeste europeo respecto a toda su acción internacional. La mayor esperanza de auge y desarrollo para el porvenir, tanto refiriéndose a lo político como a lo económico y otros varios factores, sigue siendo la del Sahara. No puede olvidarse que las zonas desérticas argelinas cubren más de dos millones de kilómetros cuadrados, entre los 2.300.000 que suman el territorio nacional. Allí están los yacimientos de petróleo y gas natural que se han puesto en explotación, pero quedan por utilizar grandes yacimientos de hierro, uranio, manganeso y platino. Hay también fosfatos, mercurio y diamantes.

Como parte de esos yacimientos están en las zonas montuosas del Hoggar, y otros cerca de las fronteras de Mauritania, es indudable que la terminación de los enlaces transafricanos de las carreteras saharianas, constituyen para la «Argelia continental» un elemento básico, tanto para llevar los productos extraídos hacia sus puertos mediterráneos de Argel y Orán como para que sea el camino directo para traer a Europa las primeras materias ecuatoriales de las cuencas del Congo y del Níger. Incluso con la ventaja política de que desde muchos aspectos Argelia aparece ante varios países negros como orientadora y guía.

En todo caso, el principal factor inmediato de las posibilidades internacionales actuales argelinas, sigue siendo el de sus vinculaciones con el Próximo Oriente, donde Bumedian aconseja a los dirigentes de los Estados de la Federación de Repúblicas Árabes una actitud de «intransigencia tenaz», ante el hecho de que la política árabe general en aquel Oriente no es apoyada por ninguna de las grandes potencias. Y Bumedian cree que los Estados árabes poseen aún ciertos recursos a su favor; recursos de resistencia y de presión que no han sabido utilizar.

RODOLFO GIL BENUMEYA

